



# S. O. S.

# S. O. S.

# S. O. S.

por JESUS GUTIERREZ

Fue en noviembre de 1962. Me lo contó un vecino del polígono de Galzaraborda.

Después de varios días de incesantes lluvias era tal el barrizal que se formó en el polígono y en otras partes de la geometría, que era imposible salir de casa.

Se formó un equipo de socorro con objeto de llegar al pueblo a pedir auxilio, y no pudieron pasar de Auxilio Salvatierra.

Hundidos en el barro hasta las rodillas, aquellos valientes renterianos tuvieron que desistir de su propósito.

Las salidas por el monte estaban también vedadas. No les quedaba otra alternativa que morir de hambre. Al fin un radioaficionado logró enlazar con Estados Unidos. De allí les ofrecieron toda clase de ayudas: mantas para el frío, colchones, helicópteros, chicle para los nervios y Coca-cola o Pepsi-cola a elegir. Pero para enviar todos esos socorros exigían, como condición indispensable, que se diese la situación exacta del malhadado polígono. Y aquí, no quisieron transigir. Porque nuestros simpáticos poligonotes no quisieron decir nunca que Galzaraborda estaba en Rentería. Cualquiera cosa antes que manchar de barro el nombre del pueblo.

Estaban a punto de morir, cuando salió el sol por fin. El barro se secó. Echaron cantidad de piedras sobre una especie de carretera que para ser carretera no le falta más que la carretera y, a esperar.

A esperar a las lluvias del próximo noviembre, y del otro noviembre, y del otro, y del otro. Según parece a este siglo todavía le quedan muchos noviembrés. No hay prisa.

\* \* \*

El coche era muy elegante. No me preguntéis la marca, pero os diré que era azul. Silencioso y con unas señoritas rubias dentro, como todos los coches extranjeros. Pararon ante mí y sacaron un disco por la ventanilla. En el disco ponía: «S. O. S.»

Me dirigí a ellos para ayudarles. Sólo querían saber por dónde se iba a Irún. Estaban donde la taberna del Chato e iban cuesta arriba. Mal camino para ir a Irún.

Me contaron que al parecer ellos eran el coche número 3.727 que se metía en la ratonera que es Rentería. Porque todos los extranjeros saben que Rentería es una ratonera para los coches que van a Irún.

Yo antes pensaba que era falta de señalización donde Quiroga. Treinta y nueve veces empecé una carta al Ayunta-

miento para que pusiesen un hermoso cartel allí indicando la dirección de Irún. Pensaba (inocente de mí) que el motivo de desviarse de la carretera general era el que la calle Viteri está en línea más recta con la carretera general que la carretera general. Por eso, cuando hicieron un peralte en la curva respiré tranquilo. Ya no dudaría los extranjeros por dónde se iba a Irún.

Mi sorpresa fue grande cuando vi que los coches extranjeros seguían entrando en la calle Viteri. Entonces me di cuenta de que lo que querían era visitar el pueblo de paso para Irún. Pero una vez de entrar ¿por dónde se salía? Enfilaban la hermosa recta del Ferial, continuación de la mitad de calle Viteri, y se paraban ante Lina. Ya estaban en la ratonera. Ahora, ¿por dónde salir?

Al preguntar a los peatones: «La frontera, por favor» muchos eran encaminados a la estación del Topo.

He aquí las estadísticas que me dieron aquellos extranjeros: De los 3.727 coches extranjeros que cometieron la imprudencia de entrar en Rentería,

1.115 fueron enviados a la estación del Topo

18 a la tienda de la Irunesa

7 volvieron atrás a tiempo

2.587 fueron encaminados hacia la Plaza del Ayuntamiento.

De estos 2.587,

25 lograron salir por la calle del Medio.

1.723 atravesando la Alameda entre pitos del público

141 por la calle Capitanenea

Los 698 restantes, no han aparecido todavía.

Y aquellos buenos extranjeros me rogaban si no sería posible poner algunos indicadores dentro del pueblo indicando por dónde se iba a Irún, una vez de estar dentro de Rentería.

Yo no veo inconveniente en que se pongan una flechas en el suelo indicando IRUN, por ejemplo: donde Lina, donde Ayerbe y a la entrada de la calle del Medio. O mejor, donde la Caja de Ahorros Provincial.

Pero me pregunto: ¿Y ese entrar de tanto coche extranjero en nuestro pueblo no será precisamente por el aliciente morboso de encontrarse cogidos en una ratonera? ¡Cualquiera entiende a estos extranjeros!

\* \* \*

Otro día se me acercó una señora desconocida a pedirme auxilio.

—¿Quién es usted? — le pregunté.

—Soy la Estética, — me contestó. — ¿Me conoce usted?

—Tengo que confesar que su cara se me hace conocida, — le dije, — pero desde luego, hacía mucho tiempo que no le veía por aquí. Y a todo esto, ¿qué quejas tiene que formular?

—Muchas. Por ejemplo: ¿Por qué se quitó el Humilladero de San Antonio en la cuesta de Capuchinos? ¿Que amenazaba ruina? Pues haberlo reforzado, o reconstruido, o lo que sea. Otra cosa: Antes, desde el Humilladero de San An-

# Verdades que no matan

por ANGEL MARIA TORRECILLA

Me cuesta decirlo. Pero es la verdad. Mi pueblo es feo. Sí, feo como el oscuro zaguán de una casa vieja. Míresele por donde se le mire su perfil sigue siendo el mismo. Demarcado, sin color, deslucido... Tiene, no cabe duda, algunos ángulos de mejor estampa, pero siempre incompletos, porque allí, precisamente allí al lado, habrá algo que lo eche todo a rodar; que haga que una postal un tanto decorosa quede en eso, en una trivial y desvaída fotografía de minuto.

Y lo digo así, tajante, porque con frecuencia nos ocurre que, cuando escribimos sobre nuestro pueblo, tratamos, maliciosos, de ocultar sus defectos y nos damos sobrada maña para que, incluso, éstos resplandezcan como virtudes, sin pararnos a pensar en el doble engaño en que incurrimos. Aunque, si bien, no lo hay. Pues ni se engaña el que lo escribe, ni cae en engaño el que lo lee, como no se vea traicionado por un inocente y ajeno desconocimiento. En tal caso, sin duda, nuestra mentira sería creída. Pero nada íbamos a conseguir con ello. Tan sólo que nuestro escrito fuera una celada de falsedades en cuya trampa cayesen cuantos con él tropezaran y un documento lelo y vano para generaciones futuras. No lo niego. Es hasta doloroso el tener que hablar mal del viejo lugar donde hemos nacido. Nos da la impresión de que faltamos. Como si le hiciéramos un desprecio ruín, innoble. Y cuesta vencer esta idea sentimental para poder decir la verdad. Pero sólo así podrá uno, con sincero realismo, describirlo tal y como es, sin por ello sentir menos aprecio por sus viejos rincones que aquél que le regala falsas caricias de bonitas palabras.

Con esta intención sana y bien dispuesta he recorrido, pues, sus calles, he contemplado sus casas y me he detenido en sus plazas. Y al caer de la tarde he vuelto a mi habitación con el nudo apretado y seco de una rabiosa conclusión: de que mi pueblo es feo.

Pero no lo es tan sólo, como muchos creen, porque conserva aún, como una oscura verruga, su parte antigua. Esta, aunque rancia y fea, guarda, por lo menos, la pizca de gracia de alguna de sus callejuelas, retorcidas y traviesas como cicatrices, y el encanto —el viejo encanto— de sus torres y casas solariegas naciendo en estrechos surcos de sombra

---

## Continuación de S. O. S.

tonio se veía la vista más bonita de Rentería. Ahora las casas mastodónticas de la Vega de Iztieta no permiten ver el pueblo. Una vez más los árboles no dejan ver el bosque. Item más: ¿Por qué se ha tapado con una casa antiestética, sin balcones, la vista de la calle de Carasa (Segundo Izpizua)? La vista de esas villas de la estación al otro lado del río sería preciosa. Además la calle pide una continuación para la vista, y no que se la corte bruscamente. Se ha edificado la Vega de Iztieta sin contar para nada con lo ya edificado. Y desde luego, sin contar conmigo, con la Estética.

—Y por fin: Por si fuera poco que antes los cables de los teléfonos festoneaban las casas escondiéndose entre los salientes con timidez, van ahora y me ponen unos tubos gordos por las paredes de las casas, estropeando la parte antigua y típica (Calle Magdalena de mi vida, Goiko-kale de mi corazón, etc.). Y no hay nadie que me defienda. Todos se meten conmigo, ¡una dama indefensa! ¿No quedan ya quiñotes para defenderme?

—Pero señora, — le digo — ¿Quién ha cometido ese atentado llenando las casas y las calles de tubos horrorosos?

—Ha sido Iberduero.

—Pues lo siento, señora. No puedo hacer nada. Yo en estos asuntos estoy a oscuras.



añeja. Mientras que la parte nueva, si es fea, lo es porque sí, sin ingenio ni donaire.

Allí, en la parte alta del casco antiguo, las calles pendientes y cortas se rompen y enredan, como arrugas, en el quiebro de cada esquina, hasta que son recogidas por otra más larga que con paso lento y fatigoso sube el afilado repecho, cansada ya de portar la saca de unas vetustas casas, cosidas a petachos sobre su pina corcova. Unas casas que para sostener su descolorida osamenta se arriman muy juntas, porque la gangrena del tiempo las está comiendo.

Más abajo, también viejas y desiguales, se levantan como una empalizada débil, en las calles angostas, de trazo tembloroso.

Y en el centro de esta zona, de puntillas, en difícil posición para no pisar las atrevidas casas que se han acercado demasiado a ella, la iglesia parroquial se alza muy alta, con el cuello de su largo campanario estirado hacia arriba.

Enfrente, mirándole de lado, con los ojos vacíos de sus arcos, el Ayuntamiento, ya envejecido, se sienta al sol, apoyado en otros edificios, delante de su retazo de plaza, muy pequeño y mal dibujado.

Es esta la parte antigua de mi pueblo. Un trozo de fósil medieval, palpitante y lleno de vida.

La calle principal, doblada por el centro, como si un traspies le hubiese hecho cambiar de dirección, lo une con el casco nuevo. A ambos lados de ella unas casas grises y pardas se alinean, como una dentadura amarillenta, sarrosa. Es este un casco más reciente que nuevo, de aspecto descuidado, soso y sin carácter, donde, ciertamente, al igual que en la zona antigua, habría que hacer diversas salvedades que se dejan sobrevolar, ya que si la excepción no hace la regla, tampoco aquí podría mudar la marcada fisonomía de su estética desgredada.

Pero sin esto importarle mucho, el pueblo crece, crece, como sea. Ya no cabe en aquel primer lecho que el mar como dentro de una gran concha lo había guardado. Empieza a desparramarse por los bordes de las afueras. Y a trepar, a subirse hasta las alturas próximas, enfermando, matando el verde pulmón que lo purgaba y le daba respiro en su ahogo de casas y fábricas que lo asfixian. Barriadas enormes como batallones, trozos de pueblo sueltos y unidos a la vez, como hinchazones que no desaparecen, van surgiendo en sus cimas. Y el pueblo viejo, de siempre, feo en su pringoso buzo de trabajo, se hunde más y más debajo de un sucio cielo de amianto.